

Escribir sin papel

Relatos fantásticos



LA JAULA

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



LA JAULA

"Este es un pequeño paso para un hombre, pero un gran paso para la humanidad."
Neil Armstrong, que pisaba la luna por primera vez,
en nombre de todos nosotros.

Ese cerdo se ha vuelto a dejar los calcetines a este lado de la casa, con lo que apestan. ¡Cuántas veces le he dicho que mi lado es mi lado y que él no puede dejar aquí sus cosas! Míralo, paseándose en calzoncillos, el muy cabrón, como si tuviese algo que enseñar. ¡Qué asco me da! Mira que es mala suerte la mía: entre tantos millones de criaturas de nuestra especie, me han ido a colocar a este ejemplar de huevo frito. ¡Y pensar que me alegré el día que me lo entregaron! Me emocionaba -¡qué tonta!- al pensar que compartiría mi casa (27 metros cuadrados diáfanos, una ventana de información, un lecho, una mesa, una portezuela de consumo) con un ser humano. Vivía sola por decisión propia. Miraba por la ventana el mundo de cada día y logré aprender de memoria las secuencias de paso de animales, vehículos y personas que programaban Ellos. Pasaba horas delante de la puta ventana de información. La abría y la cerraba continuamente, salvo mientras descansaba o cuando comía. Disfrutaba repitiendo el rito diario de desear tal o cual comida, abrir la portezuela de consumo, encontrar lo deseado y devorarlo. Pero un día me sentí triste. Estaba débil y me sentí triste. ¡Joder, esa tristeza de mierda me volvió loca! Y quise hasta siete veces compartir la casa. Por fin, un día lo deseé. Abrí la portezuela de consumo y había otra criatura. Llegó reducido y se amplió en pocos días. El muy cabrón no hablaba al principio. Luego, sí; luego habló conmigo. Los dos mirábamos por la ventana de información y hablábamos de las secuencias que proyectaban, del mundo, de mi mundo. Ahora que lo pienso, creo que hasta llegamos a follar. ¡Qué mierda: follar con ese mamón asqueroso! Me acuerdo y me da asco. El muy mamón se pensó qué sé yo qué. Quiso tener deseos, sin darse cuenta de que vivíamos en una casa con una única portezuela de consumo. Yo deseaba y al día siguiente encontraba mi deseo en la portezuela. Pero empecé por abrir un día la portezuela y encontrar comida que había deseado él. No dije nada. Ese fue mi error. Debí haberle insultado, humillado, debí avergonzarle, ofenderle, debí hacerle llorar. Y no le dije nada. Cada vez me daba más asco. Y con él, todo lo demás. Todo empezó a ser una mierda, que es lo que es todo. Y entonces va el gilipollas y solicita una nueva ventana de información. Y una mañana, los obreros del mundo abrieron en su lado de la casa una nueva ventana, con su persianita y todo. La abría por las mañanas y miraba una secuencia de realidad distinta de la mía. Una secuencia aburrida y obscena, asquerosa y sucia, como él, y la casa acabó por ensuciarse con su puta secuencia y sus odiosos deseos y sus cochinos calcetines por todas partes. Y él sigue riendo y como jugueteando y subiendo y bajando su ventana, aunque yo esté viendo la mía. Ya estoy completamente decidida. He solicitado una portezuela de consumo de mayor tamaño y ayer mismo la instalaron, sustituyendo a la otra. Y va él y me pregunta que por qué he solicitado eso. ¡Qué imbécil! Le he dicho que para que quepan los deseos de los dos a la vez y se lo ha tragado igual que un niño. Es idiota. Que si es por eso,

que está de acuerdo, va y dice el muy egoísta. El muy hijoputa. Hoy deseo que se vaya, que me deje. Estoy ansiosa, estoy tan nerviosa como cuando deseé su llegada. Voy a cerrar los ojos. Así. Así. No veo nada. Creo que él estaba viendo su ventana. Debe ser ahora; aún tengo más voluntad que él. Él sólo tiene deseos, yo además soy capaz de mantenerlos bajo control. Sigo con los ojos cerrados. Camino por la casa a tientas. No importa, aunque es grande, la conozco muy muy bien. Ya he llegado. Abro los ojos. La portezuela de consumo. Lo he deseado mucho. Lo he deseado desde hace mucho. La abro. ¡Bien! ¡Por fin! Aquí está: muerto. El tamaño es el adecuado; hasta sobra un poco. Míralo: desnudo, con sus calzoncillos asquerosos. Un muerto asqueroso. ¡Mierda! ¡Deseo no verlo! Cierro la portezuela. La abro. Bien: ya no está. Ya soy libre. Puedo ocupar toda la casa. Cerraré su sucia ventana. Ahora puedo ocupar toda mi mente con mi propia secuencia de mundo. Toda mi mente. Deseo limpiar mi cabeza, borrar toda la mierda que me queda y ser simplemente feliz. Creo que deseo eliminar tanta palabra, me sobra este puto lenguaje, con tanta palabra y tanta mierda. Hablar es dudar; hablar es preocuparse. Hablar es compartir. Quiero ser feliz. No diré nunca nada más, sólo veré la felicidad. Voy a dar el paso, el paso definitivo. Voy a abrir de nuevo la portezuela.